

Niccolò Ammaniti

Que empiece la fiesta

Traducción de Juan Manuel Salmerón



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Título de la edición original:
Che la festa cominci
Giulio Einaudi editore s. p. a.
Turín, 2009

*Este libro se ha publicado con una subvención del Ministerio de Asuntos
Exteriores italiano*

Diseño de la colección: Julio Vivas y Estudio A
Ilustración: foto © Anup Shah / age fotostock

Primera edición: mayo 2011

- © De la traducción, Juan Manuel Salmerón, 2011
- © Niccolò Ammaniti, 2011
Rights managed by Silvia Bastos, S. L., agencia literaria,
in conjunction with Kylee Doust Agency
- © EDITORIAL ANAGRAMA, S. A., 2011
Pedró de la Creu, 58
08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-7561-4
Depósito Legal: B. 12387-2011

Printed in Spain

Liberdúplex, S. L. U., ctra. BV 2249, km 7,4 - Polígono Torrentfondo
08791 Sant Llorenç d'Hortons

*A Anatole,
que me sacó de una caja*

Primera parte

Génesis

Suicide is painless
It brings on many changes...
The game of life is hard to play
I'm gonna lose it anyway
The losing card I'll someday lay
So this is all I have to say.

MASH, *Suicide Is Painless*

Eres fuerte, eres guapo, eres invencible,
eres incorruptible, eres un... Ja... Ja... Cantautor.

EDOARDO BENNATO, *Cantautore*

1

En una mesa de la pizzería Jerry 2 de la localidad de Oriolo Romano se hallaban reunidas las Bestias de Abadón.

Su líder, Saverio Moneta, alias Mantos, estaba preocupado.

La situación era grave. Si no se hacía nuevamente con el mando de la secta, aquélla podía ser la última vez que se reunían.

Ya hacía tiempo que empezó la fuga de miembros. El primero en irse fue Paolino Scialdone, alias el de la Hoz, que los plantó un buen día para entrar en los Hijos del Apocalipsis, un grupo satánico de Pavía. Unas semanas después, Antonello Agnese, alias Molten, se compró una Harley Davidson de segunda mano y se unió a los Ángeles del Infierno de Subiaco. Y, por último, Pietro Fauci, alias Nosferatu, mano derecha de Mantos e histórico fundador de las Bestias, se casó y abrió una tienda de aparatos de calefacción en la localidad toscana de Abetone.

Quedaban cuatro miembros.

Era preciso hablar muy seriamente, meterlos en vereda y captar nuevos adeptos.

—¿Tú qué tomas, Mantos? —le preguntó Silvietta, la

vestal del grupo, una pelirroja enjuta con un par de ojuelos redondos y saltones, unas cejas finas muy altas y sendos aros de plata en labio y nariz.

Saverio miró distraídamente la carta.

–No sé... ¿Una pizza marinara? No, que me repite el ajo... Los pappardelle mejor.

–Los cocinan unos ignorantes, pero están buenos –aprobó Roberto Morsillo, alias Murder, un gordinflón de casi dos metros de altura, con el pelo largo teñido de negro y unas gafas grasientas, que llevaba una camiseta deshilachada de los Slayer. Era de Sutri, estudiaba derecho en Roma y trabajaba en el Bricocentro de Vetralla.

Saverio miró a sus discípulos de hito en hito. Pasaban todos de los treinta pero seguían vistiendo como pobres heavies. Y eso que siempre les decía: «Tenéis que parecer normales, fuera esos piercings, esos tatuajes, esos clavos...» Pero nada, no hacían ni caso.

Es lo que hay, pensó resignado.

Mantos alzó la mirada. Se reflejaba en el espejo de la Cerveza Moretti que colgaba al otro lado de la barra: delgado, de un metro setenta y dos de alto, con gafas de montura metálica, pelo oscuro peinado con raya a la izquierda, camisa de manga corta azul claro abotonada hasta el cuello, pantalones de pana azul oscuro, mocasines.

Un tío normal. Como los grandes paladines del Mal: Ted Bundy, Andrei Chikatilo, Jeffrey Dahmer, el caníbal de Milwaukee; gente con la que uno podía cruzarse por la calle y por la que nadie daría un duro. Y sin embargo eran los hijos predilectos del Demonio.

¿Qué haría en mi lugar Charlie Manson con discípulos tan lamentables como éstos?

–Maestro, tenemos que hablar contigo... Hemos pensado una cosa sobre la secta... –espetó Edoardo Sambredde-

ro, alias Zombi, el cuarto del grupo, un tío flaquísimo que no podía comer ajo, chocolate ni bebidas gaseosas. Padecía esofagia congénita. Ayudaba a su padre a montar instalaciones eléctricas en Manziana—. Técnicamente, nosotros, como secta, no existimos.

Saverio comprendió lo que quería decir el adepto, pero fingió no entender.

—¿Qué quieres decir?

—¿Cuánto hace del juramento de sangre?

Saverio se encogió de hombros.

—Como un par de años.

—Por ejemplo, en Internet nunca hablan de nosotros. Y de los Hijos del Apocalipsis, un montón —susurró Silvieta, en voz tan baja que nadie la entendió.

Zombi señaló al jefe con un bastoncillo de pan.

—¿Y qué hemos hecho en todo este tiempo?

—Eso, ¿qué hemos hecho, de todo lo que nos prometiste? —insistió Murder—. Sacrificios humanos, ni uno, y eso que nos dijiste que haríamos cantidad. ¿Y ritos de iniciación con vírgenes? ¿Y orgías satánicas?

—Hombre, un sacrificio humano sí hicimos, no digáis que no —repuso irritado Saverio—. No saldría bien, pero lo hicimos. Y también una orgía.

En noviembre del año anterior, Murder había conocido en el tren, yendo a Roma, a Silvia Butti, una estudiante de psicología. Resultó que tenían muchas cosas en común: los dos eran forofos del Lazio, a los dos les gustaban las películas de terror, los Slayer y los Iron Maiden, el viejo heavy metal de los años ochenta. Empezaron a chatear por Internet y a verse en la romana via del Corso los sábados por la tarde.

A Saverio se le había ocurrido sacrificar a Silvia Butti en el bosque de Sutri.

Pero había un problema: la víctima debía ser virgen.

Murder había dado su palabra:

—Lo he intentado por todos los medios, pero no he podido tirármela.

Zombi se echó a reír.

—No has pensado que a lo mejor no quiere follar con un gordo como tú.

—Capullo, es que ha hecho voto de castidad. Es cien por cien virgen. Además, digo yo, y si no lo fuese, ¿qué?

Saverio, maestro y teórico del grupo, se mostró preocupado.

—Pues que sería bastante grave. El sacrificio no serviría, o peor, podría volverse en nuestra contra. Las potencias infernales, insatisfechas, podrían atacarnos y destruirnos.

Tras horas de debate y consultas en Internet, las Bestias concluyeron que la doncellez de la víctima no era un requisito indispensable. Y trazaron un plan.

Murder invitó a Silvia Butti a cenar en Oriolo Romano. A la luz de las velas, le ofreció croquetas y filetes de merluza y le dio a beber una cerveza enorme en la que había disuelto tres pastillas de Rohypnol. Al acabar la cena la estudiante apenas se tenía en pie y farfullaba cosas sin sentido. Murder la cargó en el coche y con la excusa de ver amanecer en el lago de Bracciano la llevó al bosque de Sutri, donde las Bestias de Abadón erigieron un ara sacrificial con bloques de toba, desnudaron a la muchacha medio inconsciente y la tendieron sobre el altar. Saverio invocó al Maligno, le cortó la cabeza a una gallina y roció con sangre el cuerpo desnudo de la joven, tras lo cual se la pasaron por la piedra uno tras otro. Luego excavaron un hoyo y la enterraron viva. Y así, consumado el rito, pudo la secta emprender su viaje a las oscuras regiones del Mal.

Lo malo fue que tres días después, saliendo del cine Flamingo, donde habían visto *La matanza de Texas: el origen*, las Bestias se encontraron con Silvia, que estaba sentada en un banco del parque comiéndose un bocadillo. No recordaba mucho de la velada, pero tenía la sensación de haberlo pasado bien. Les contó que, cuando despertó, se hallaba cubierta de tierra pero pudo salir a la superficie.

Saverio la captó en calidad de sacerdotisa oficial. Y poco después ella y Murder se hicieron novios.

–Sí, es verdad, la orgía la habéis hecho –dijo Silvieta sonriendo con embarazo–. Me la habéis contado cien veces.

–Sí, pero no eras virgen. Y por tanto técnicamente la misa no valió... –replicó Zombi.

–Pero ¿cómo pudisteis pensar que era virgen? Si mi primera relación...

–El caso –la interrumpió Saverio– es que fue un rito satánico...

Zombi lo atajó:

–Vale, olvidemos el sacrificio. ¿Y qué más hemos hecho?

–Degollar unas cuentas ovejas, ¿o no?

–¿Y qué más?

Sin querer, Mantos alzó la voz:

–¡Y qué más! ¡Y qué más! ¡Las pintadas del viaducto de Anguillara Sabazia!

–Ya ves... ¿Sabes que Paolino y los de Pavía decapitaron a una monja?

Lo único que pudo hacer el líder de las Bestias de Abadón fue beber un vaso de agua.

–¿Mantos? ¿Me oyes? –Murder se llevó la mano a la

boca—. Decapitaron a una monja de cincuenta y ocho años.

Saverio se encogió de hombros.

—La gilipollez de siempre. Paolo quiere darnos rabia porque se arrepiente de habernos dejado. —Pero tenía la impresión de que no era ninguna gilipollez.

—¿Es que no ves los telediarios? —prosiguió Murder, implacable—. ¿Te acuerdas de la monja de Caianello a la que encontraron sin cabeza cerca de Pavía?

—¿Y qué?

—Fueron los Hijos del Apocalipsis. La secuestraron en una parada de autobús y Kurtz le cortó la cabeza con un hacha de doble filo.

Saverio detestaba a Kurtz, el líder de los Hijos del Apocalipsis de Pavía. Siempre era el primero de la clase, el que hacía las cosas más impresionantes. ¡Muy bien, Kurtz! ¡Enhorabuena! ¡Eres el mejor!

Se pasó la mano por la cara.

—Vale, tíos... Tened en cuenta que ha sido una época muy dura para mí, el nacimiento de los gemelos, la puñetera hipoteca...

—¿Cómo están los pequeños, por cierto? —preguntó Silvietta.

—Hechos dos máquinas de comer y cagar. Y por la noche no nos dejan pegar ojo. Y encima tienen rubeola. Y para colmo han operado de la cadera al padre de Serena y he tenido que cargar solo con la tienda de muebles. ¿Así cómo voy a organizar nada para la secta?

—Oye, ¿no tendrás algo de ocasión? —preguntó Zombi—. Quiero comprarme un sofá cama de tres plazas, el que tengo me lo ha destrozado el gato.

El jefe de las Bestias no escuchaba, pensaba en Kurtz Minetti: alto como un pino, pastelero de profesión, ya había

prendido fuego a un vendedor de aspiradoras y ahora le cortaba la cabeza a una monja.

—Además, sois unos ingratos. —Y los señaló uno a uno—. Yo me he dejado la piel por la secta. Si no es por mí, que os inicié en el culto a los Infiernos, aún estaríais leyendo *Harry Potter*.

—Ya, Saverio, pero entiéndenos también a nosotros. Creemos en el grupo, pero así no podemos seguir. —Murder mordió un bastoncillo, nervioso—. Lo mejor es que olvidemos la secta y sigamos siendo simples amigos.

Enfadado, el jefe de las Bestias dio un manotazo en la mesa.

—Hagamos una cosa. Dadme una semana. Una semana no se le niega a nadie.

—¿Para qué?

—Porque estoy planeando algo muy gordo, una acción sonada... —Hizo una pausa—. Pero no podréis rajaros. Porque de boquilla todo el mundo es muy valiente, pero luego, a la hora de la verdad... —Y con voz lastimera—: «Perdona, es que no puedo... Es que tengo problemas en casa, mi madre no está bien... Tengo que trabajar...» —Y miró particularmente a Zombi, que bajó la cabeza con aire culpable y se quedó mirando el plato—. No. Aquí nos la jugamos todos.

—¿Y no puedes adelantarnos nada? —preguntó Murder tímidamente.

—¡No! Sólo puedo deciros que pasaremos a ocupar el primer puesto de las sectas satánicas de Italia.

Silvietta lo tomó por la muñeca.

—Por fa, Mantos, dinos algo... Me muero de curiosidad...

—¡No! ¡He dicho que no! Tenéis que esperar. Si dentro de una semana no os traigo un proyecto serio, se acabó, disolvemos la secta y adiós muy buenas. ¿Estáis de acuerdo?

—Se levantó. Los ojos negros se le pusieron rojos con el reflejo de las llamas del horno—. ¡Y ahora, discípulos, tribútamme honores!

Los adeptos bajaron la cabeza. El líder alzó los ojos y extendió los brazos.

—¿Quién es vuestro padre carismático?

—¡Tú! —dijeron las Bestias a coro.

—¿Quién ha escrito las Tablas del Mal?

—¡Tú!

—¿Quién os ha enseñado la Liturgia de las Tinieblas?

—¡Tú!

—¿Quién ha pedido los pappardelle con liebre? —preguntó el camarero, que traía en los brazos una pila de platos humeantes.

—¡Yo! —respondió Saverio alargando la mano.

—Cuidado que quema.

El líder de las Bestias de Abadón se sentó y empezó a comer en silencio.

2

A unos cincuenta kilómetros de la pizzería Jerry 2, en Roma, capital de Italia, el conocido escritor Fabrizio Ciba subía, montado en una Vespa de tres marchas, la cuesta de Monte Mario. Se detuvo ante un semáforo y enfíló luego via della Camilluccia. Dos kilómetros más adelante paró ante un cancel de hierro abierto junto al que colgaba una placa de latón en la que decía: «Villa Malaparte».

Metió la primera, y ya se disponía a emprender la subida de la larga cuesta de gravilla que llevaba a la villa, cuando se le plantó delante un gorila enfundado en un traje de franela gris:

—¡Eh, usted! ¿Adónde va? ¿Lleva invitación?
El escritor se quitó el casco con forma de cuenco y buscó en los bolsillos de la chaqueta arrugada.

—No..., no la habré... Se me habrá olvidado...

El segurata se afianzó en las piernas.

—Pues no puede entrar.

—Estoy invitado a...

El otro sacó un papel y se calzó unas gafas de montura roja.

—¿Cómo dice que se llama?

—No lo he dicho. Ciba, Fabrizio Ciba.

El hombre recorrió con el dedo la lista de invitados moviendo la cabeza.

No me reconoce. Fabrizio no se molestó mucho. Estaba claro que el gorila no era un gran aficionado a la literatura, aunque, coño, ¿tampoco veía la tele? Ciba presentaba un programa titulado *Crimen y castigo* que se emitía todos los miércoles por la noche en la Rai 3, pensado para casos como aquél.

—Lo siento. Su nombre no figura en la lista.

El escritor venía a presentar la nueva novela del premio Nobel de Literatura Sarwar Sawhney, *Una vida en el mundo*, que había publicado Martinelli, su misma editorial. El agraciado con el premio de la Academia Sueca tenía setenta y tres años y había escrito un par de libros más gruesos que un manual de derecho. Él, Ciba, y un catedrático de literatura angloamericana de la Universidad La Sapienza de Roma, Gino Tremagli, debían hacer los honores, pero como a este último, un viejo pedante, lo habían invitado simplemente para dar un barniz oficial al evento, le tocaba a Fabrizio desentrañar los secretos arcanos de aquel novelón y darlos como pábulo del público romano, ávido de cultura.

Ciba empezaba a mosquearse.

–Escúchame. Si olvidas esa lista y miras la invitación, la tarjetita rectangular blanca que desgraciadamente no llevo, verás que pone mi nombre, porque soy quien presenta el libro. Si quieres me voy. Pero cuando me pregunten por qué no vine, diré que... ¿Cómo te llamas?

Suerte que en ese momento acudió una azafata, con el pelo corto y rubio y un traje de chaqueta azul oscuro, que en cuanto vio, montado en aquella moto de época, con aquel mechón rebelde y aquellos ojazos verdes, a su autor favorito, por poco se cae redonda.

–¡Deja, deja que entre! –exclamó con voz aguda–. ¿No ves quién es? ¡Fabrizio Ciba! –Y con las piernas tensas de emoción se dirigió al escritor–. ¡Cuánto lo siento! ¡Qué vergüenza! Desaparezco un momento y viene usted... Lo siento, lo siento... Estoy...

Fabrizio esbozó una sonrisilla satisfecha.

La azafata miró el reloj.

–Es tardísimo. Estarán todos esperándolo. Vaya, vaya, por favor. –Y apartando al guarda jurado de un empujón, le dijo a Fabrizio–: ¿Me firmará el libro después?

Ciba dejó la moto en el aparcamiento y se encaminó a la villa con el paso ligero del corredor de medio fondo.

En eso surgió de entre los setos de laurel un fotógrafo, que, corriendo tras él por la alameda, empezó a gritar:

–¡Fabrizio! ¡Fabrizio! ¿No te acuerdas de mí? Comimos una vez juntos en Milán, en un restaurante... La Compañía de los Navegantes... Yo te invité a mi casa de Pantelleria y me dijiste que a lo mejor vendrías...

Arqueando la ceja, el escritor miró de arriba abajo a aquel hortera despeinado cubierto de cámaras de fotos.

–Claro que me acuerdo. –No se acordaba en absoluto–. Pero es que llego tarde, perdona. Otro día. Me esperan...

–Verás, Fabrizio –insistió el fotógrafo–, estaba lavándo-

me los dientes y se me ha ocurrido una idea genial: fotografiarte en medio de un vertedero ilegal...

En la puerta de la villa estaban su editor, Leopoldo Malagò, y la jefa de relaciones públicas de Martinelli, Maria Letizia Calligari, que le hacían señas de apresurarse.

El fotógrafo apenas podía correr con aquellos quince kilos de material colgado del cuello, pero no desistía.

—Es muy original..., muy fuerte..., la basura, las ratas, las gaviotas... ¿Qué te parece? Para el suplemento de *La Repubblica*...

—Otro día será, perdona. —Y se coló por entre los dos que esperaban.

Rendido, el fotógrafo se inclinó oprimiéndose el bazo.

—¿Puedo llamarte un día de éstos?

El escritor no se molestó en contestarle.

—Fabrizio, siempre igual... El indio llegó hace una hora. El pelma de Tremagli quería empezar sin ti. —Malagò lo empujaba al salón y Calligari, refunfuñando, le metía la camisa.

—¡Vaya facha traes! Pareces un vagabundo. La sala está llena. Ha venido hasta el alcalde. ¡Súbete esa cremallera!

Fabrizio Ciba tenía cuarenta y un años, pero para todo el mundo era un joven escritor. El epíteto, periódicamente repetido en todos los medios de comunicación, ejercía un influjo milagroso en su cuerpo: no aparentaba más de treinta y cinco años, se mantenía delgado y en forma sin ir al gimnasio, y aunque se emborrachaba todas las noches, seguía teniendo la tripa lisa como una tabla.

Lo contrario le ocurría a su editor, Leopoldo Malagò, al que llamaban Leo. Tenía treinta y cinco años pero aparentaba, como poco, diez más. Había perdido el cabello a edad temprana, pero le había quedado una fina pelusa que parecía pegada al cráneo. La columna vertebral se le había torcido siguiendo las formas de una silla Philippe Starck en

la que se pasaba sentado diez horas diarias. Las mejillas se le habían descolgado y le cubrían la papada cual piadoso telón. La barba que astutamente se había dejado crecer no era lo bastante espesa para ocultar aquella región montañosa. Tenía un tripón que parecía inflado con compresor. La editorial no escatimaba gastos cuando se trataba de la alimentación de sus editores. Disponían de una tarjeta de crédito especial con la que podían ponerse la botas en los mejores restaurantes, e invitar a escritores, poetas y periodistas a comidas de trabajo. Como resultado de esta política, los editores de Martinelli eran una pandilla de sibaritas obesos, por cuyas venas corrían tan campantes verdaderas constelaciones de moléculas de colesterol. Leo, pese a sus gafitas de concha y a la barba, que lo asemejaban a un judío neoyorquino, y pese a los tersos trajes color verde oliva que vestía, para sus conquistas amorosas debía confiar en su poder, su desenvoltura y su perseverancia obtusa. Lo dicho no valía para las mujeres. Entraban en la editorial como secretarias sosas y con los años iban mejorando merced a las ingentes inversiones que hacían en sus personas. Llegaban a los cincuenta años, sobre todo si desempeñaban cargos representativos, convertidas en tías buenas frías y sin edad. Maria Letizia Calligari era un ejemplo perfecto. Nadie sabía su edad. Unos decían que tenía sesenta bien llevados; otros, que treinta y ocho mal llevados. Nunca llevaba documentos de identidad. Decían las malas lenguas que no conducía por no tener que llevar el carné en el bolso. Antes del Tratado de Schengen iba a la Feria de Frankfurt sola, para que nadie la viera enseñar el pasaporte. Pero una vez cometió un error: un día, en el Salón del Libro de Turín, se le escapó que había conocido a Cesare Pavese.

—Y por favor te lo pido, Fabrizio, no empieces metiéndote con el pobre Tremagli —le rogó Maria Letizia.